

Con los ojos en la tierra

Por: Gladys Zamudio Tobar

Solía caminar todos los días por las nubes de historias que diseñaba con viento, un poco de sol y agua bendita. Hoy amaneció más temprano. No se vio en el espejo. Todo había cambiado para Ico.

Él nació para escribir, también para dibujar. Sólo tenía una lagartija, Gora, que lo acompañaba siempre desde arriba para darle ideas de mosca, con mil ojos que ya se anticipaban a lo que le esperaba, lo que siempre nos espera a los humanos en la vida cotidiana.

Fue al sanitario y miró hacia arriba, como siempre, antes de defecar. Hoy Gora no estaba en el cielorraso con su lengüetilla saboreando insectos, como si masticara palabras. ¡Un día muy extraño para el excéntrico Ico!

¿Con quién conversaría? Entró a la Internet y halló una lagartija similar a Gora, la dibujó en el lienzo, de un tamaño impresionante. No terminaba de pintar. Pasaron muchos días, tal vez dos meses. Le dio vida a ese pequeño dragón, lo llenaba de recuerdos, de las conversaciones que siempre tuvieron, de las miradas y posturas que Ico tomó de ella para escribir sus versos y sus cuentos. Creo que no reconoció en voz alta, con las palabras la gran amistad que los unía. Olvidó el corazón, la pasión, la sensibilidad de la delicada piel sobre el lienzo.

Terminó el sábado a las 10 de la noche y sólo quedó un inmenso cuadro en casa, recostado a una pared llena de alargadas huellas; una mirada aún fresca, henchida de esperanzas de que algún día Ico volviera a escribir. Ahora todo es silencio.